

cauld logrando rectificarla : El deseo de alumbrar y dulcificar este noble talento, fué sin duda el atractivo de ella en esta estrecha unión.

El antiguo caballero de La Fronde, agriado y gotoso no era lo que podemos figurarnos por su libro. Había estudiado poco, nos dice Segrais; pero su sentido maravilloso y su ciencia del mundo, suplían al estudio. Siendo joven se había entregado á todos los vicios de su tiempo y se había retirado de ellos con el espíritu más sano que el cuerpo, si se puede llamar salud á una poca tristeza. Esto no impidió que fuese extremadamente agradable. Era el decoro perfecto y ganaba en estimación á medida que se le observaba más de cerca. Hombre de charlas íntimas, un grado más no le encajaba. Si le hubiese sido preciso hablar delante de cinco ó seis personas un poco solemnemente, le habría faltado la fuerza, y la arenga que era acostumbrada en la Academia francesa le transtornó. En Junio de 1672, cuando la muerte de M. de Longueville, la del caballero de Marsillac su nieto y la herida del príncipe de Massillac su hijo, cuando esta granizada cayó sobre él, nos dice Madama de Sévigné, estuvo admirable á la vez en su dolor y en su energía : « He visto su corazón al descubierto — añade — en esta cruel aventura, y está en las primeras filas de los que yo he conocido con valor, mérito, ternura y razón. » Y luego añadía que era *patriarca* y que sentía casi como ella la ternura maternal. He aquí á M. de La Rochefoucauld tal como Madama de La Fayette lo reformó.

De 1666 á 1670, la salud de Madama de La Fayette que aún no se había desgastado, y el favor con que la distinguía *Madame*, le daban ocasión de ir con más frecuencia á la corte, y no fué sino después de la muerte de *Madame*, y en la época de disminución de la salud de Madama de La Fayette, cuando la unión se consolidó, según nos dice Madama de Sévigné. Las cartas de la incomparable amiga, que se suceden de una manera ininterrumpida á partir de esta época, permiten seguir la más pequeña circunstancia y hasta

la dichosa monotonía de esta tierna costumbre. La mala salud de ambos — escribía — hacía necesarios el uno al otro, y las proporcionaba un placer de saborear sus buenas cualidades que no se encuentra en las otras uniones... En la corte no se tiene la ocasión de amarse; este torbellino, que es tan violento para todos, era apacible para ellos, y daba ocasión al placer de este cambio tan delicioso de afectos. Yo creo que ninguna otra pasión ha sobrepasado la fuerza de esta unión... » No citaré todo lo que puede extraerse de estas cartas de Madama de Sévigné, pues pocas hay en las que Madama de La Fayette no sea nombrada y varias de ellas han sido escritas ó cerradas en casa de esta con cumplidos muy vehementes de M. de La Rochefoucauld. En los buenos días, en los días de salud mediana y de comidas con charlas, tenían lugar las maliciosas alegrías sobre la alocada Madama de Marans y sobre los manejos de Madama de Brissac y de M. le Duc. Había otros días más serios y no menos deliciosos, en Saint-Maur, en la casa que M. le Brince había prestado á Gourville, cuando se leía entre sociedad escogida la *Poética* de Despréaux que reputaban una obra maestra. Otras veces á despecho de Despréaux y de su *Poética*, iban á Lulli, y en ciertos pasajes de la ópera *Cadmus* lloraban : « No soy yo la sola que se puede contener — decía Madama de Sévigné ; — Madama de La Fayette también siente su alma enternecida. » ¡ Esta alma enternecida es la delicadeza misma ! Oh, Zaida, Zaida, se ve en estos enternecimientos la ternura novelesca no satisfecha más que á medias y que no debemos despertar demasiado ! Otros días Madama de La Fayette va todavía á hacer una visita á la corte, y el rey le da lugar en su carretela con las damas y la muestra las bellezas de Versailles como habría hecho un simple particular, y tal viaje y tal suceso, por muy circunspecto que se sea, suministra á la vuelta materia para largas conversaciones y hasta para cartas menos cortas que de costumbre de la parte de Madama de La Fayette, que no le

gustaba escribir cartas. También hablaban de Madama de Grignán alejada y un poco envidiosa por un escritorio de madera de Santa Lucía que Madama de Montespán había regalado á Madama de La Fayette (1). Cuando ya no iba más á Versalles y no besaba llorando de agradecimiento las rodillas del rey, después de la muerte de La Rochefoucauld, Madama de La Fayette conservó su crédito y su consideración. « Nunca una mujer sin salirse de su puesto — nos dice Madama de Sévigné, — hizo tan buenos asuntos. » Luis XIV vió siempre en ella la favorita de *Madame*, un testigo de su muerte conmovedora y de los hermosos años á los que ella quedaba ligada en recuerdo, pues apenas si aparecía en la corte desde entonces.

Mas Versalles y la Poética de Despréaux y la ópera de Lulli, y las alegrías sobre la Marans, fueron pronto interrumpidas por la quebrantada salud y sus fiebres tercianas llegaron á ser la principal ocupación. En su bello y extenso jardín de la calle de Vaugirard, tan verde y tan embalsamado, en la casa de Gouville en Saint-Maur, en donde entra como amiga franca, en Fleury-sous-Meudon, á donde va á respirar el aire del bosque, la vemos enferma, melancólica, la vemos enflaquecer y ser devorada. Su vida durante veinte años se convirtió en una fiebre más ó menos lenta, y las cartas, dicen siempre lo mismo : « Madama de La Fayette se va mañana á su casita cerca de Meudon en donde ha estado ya. Allí pasará quince días entre el cielo y la tierra, pues no quiere pensar ni hablar, ni

(1) Según las cartas de La Fayette, se ve, que Madama de Grignan le repetía con frecuencia : « ¡ Véis, véis ! ¿ Vuestra Madama de La Fayette os ama tan extraordinariamente ? No os escribiría dos líneas en diez años ; sabe hacer lo que le acomoda y guardar su descanso, pero desde su indolencia vigila su crédito. » Gouville, con quien Madama de La Fayette cometió el error de intimar como habría hecho con un amigo leal, escribió algo en este sentido más malicioso. Lassay, en la especie de Memorias que ha hecho imprimir, intenta también toda una acusación contra Madama de La Fayette interesada y hábil para sacar partido de todo, pero no podemos creerlo sin antes saberlo con certeza.

contestar, ni escuchar; está fatigada de decir buenos días y buenas noches, todos los días tiene fiebre y el descanso la cura, así, pues, le es preciso reposo. Yo iré á verla alguna vez. M. de la Rochefoucauld está siempre en la silla como lo habéis visto; tiene una infinita tristeza cuya causa se comprende fácilmente. » Peor que la gota y que los otros males, para M. de La Rochefoucauld, es la ausencia de Madama de La Fayette.

La tristeza que tal estado alimentaba, no impedía que sonriese y reapareciese en algunos momentos. Entre los remoquetes que aquella sociedad ponía á los suyos y que hacían de Madama Scarrón el *Deshielo*, de Colbert el *Norte*, de M. de Pomponne la *Lluvia*, Madama de La Fayette tenía el de la *Bruma*; pero la bruma desaparecía y se veían encantadores horizontes. Una razón dulce, resignada, melancólica, atrayente, reposada de tono, sembrada de palabras exactas y sorprendentes que se grababan en la memoria, eran la base de su conversación y de su pensamiento. *Bastante tiempo he sido*, decía aceptando su estado inactivo. Esta frase que la pinta de cuerpo entero, es muy bien de quien decía de Montaigne que le gustaría tenerle como vecino.

Una sensibilidad extremada y llena de lágrimas reaparecía por instantes y repentinamente, á pesar de su sensatez, como una fuente brota en medio de un campo. En algunos momentos se la veía emocionada por la música. Cuando Madama de Sévigné se iba á los Rochers ó á la Provenza, era necesario que no le dijese adiós y que su visita no pareciese ser la última, pues Madama de La Fayette se emocionaba enormemente por la marcha de su amiga. Un día hablaban delante de ella, estando M. le Duc presente, de la campaña que iba á emprenderse, y la idea de los peligros que arriesgaría. M. le Duc la hizo llorar. Estas emociones tenían un encanto mayor y más valor, en una persona de talento tan sensato y tan reposado.

A pesar de su languidez no atendía menos á algunos puntos esenciales, y sin moverse lo vigilaba todo. Si

reformó el corazón de M. de La Rochefoucauld, también reparó sus asuntos. Se concibe así que escribiese pocas cartas y solamente las necesarias. Su única correspondencia constante fué Madama de Sévigné. El pequeño número de cartas de Madama de La Fayette dice que no dirá más que dos palabras, pues diría más si no se lo impidiese el dolor de cabeza. Un día reaparece M. de La Fayette en persona, que viene no sé de donde; basta leer la preciosa carta en que dice: « *Y bien, hermosa mía ¿ por qué gritáis como un águila?* etc. » Para conocer el género de vida de Madama de La Fayette y notar la diferencia que existe entre ella y Madama de Sévigné, se leen estas palabras citadas con frecuencia: « Estáis en la Provenza, hermosa mía, tenéis horas libres y la cabeza más libre aún; el placer de escribir á todo el mundo existe para vos, en tanto que yo he perdido el de escribir á todo el mundo, y si yo tuviese un amante que quisiese una carta mía todas las mañanas, rompería con él. »

Madama de La Fayette era muy franca y nada mentirosa, y era preciso creerla bajo su palabra (1). « No habría otorgado el menor título á no importa quién, si no estaba persuadida de que lo merecía, lo que acaso haya hecho decir á alguien que era un poco ruda (2). » Madama de Maintenón, con quien Madama de La Fayette estaba unida estrechamente, era un espíritu recto, pero de un carácter menos franco, muy juiciosa, pero menos verdadera, y esta diferencia contribuyó al enfriamiento de la amistad. En 1672, cuando Madama Scarrón criaba en secreto á los bastardos de Luis XIV, al final del faubourg de San Germán, cerca de Vaugirard, y más allá de la casa de Madama de La Fayette, ésta tenía gran amistad con ella y algunas veces le escribía, así como Madama de Coulanges, en cuya compañía debió visitar á Madama Scarrón en alguna ocasión. Pero las confidencias extremadas dieron á ciertas palabras y conjeturas que son desagradables

(1) Madama de Sévigné.

(2) *Segraisiana*.

entre amigos: « La idea de hacerme religiosa no me ha pasado siquiera por la mente — escribía Madama de Maintenón al abate Testu, — tranquilizad á Madama de La Fayette. » Dando á su hermano lecciones de economía, Madama de Maintenón escribía en 1678: « Había de poseer una renta de treinta mil libras, no tendría el lujo de gran señora, ni un lecho galoneado de oro como Madama de La Fayette, ni un ayuda de cámara como Madama de Coulanges. Los placeres que tienen, valen las chanzas de que son víctimas? » Yo no sé si el lecho galoneado de Madama de La Fayette se prestaría á muchas burlas; pero acostada en él, seguramente tendría un aspecto de sencillez mucho más grande que su amiga envuelta en el manto color de hoja muerta que afecta usar hasta el fin. Por último, toda amistad cesó entre ellas según declara Madama de Maintenón. « No he podido conservar la amistad de Madama de La Fayette porque la continuación la ponía á un precio muy alto. Por lo menos, le he demostrado que era tan sincera como ella. El duque es quien nos ha enemistado aunque ya otras veces lo estuvimos por bagatelas (3). » En las Memorias de Madama de La Fayette, en los años 1688 y 1689 á propósito de la *comedia de Esther*, leemos: « Ella (Madama de Maintenón) ordenó al poeta que hiciese una comedia, pero escogiendo un asunto piadoso, pues en estos momentos, fuera de la piedad, no hay salvación en la corte, así como en el otro mundo... La comedia representaba la caída de Madama de Montespán y el encumbramiento de Madama de Maintenón, con la sola diferencia de que Esther era un poco más joven y menos piadosa. » Al citar las palabras de estas dos mujeres ilustres, no me complazco en hacer resaltar las

(3) Carta á Madame de Saint Geran en Agosto de 1684. ¿ De cuál duque se trata? ¿ Es nuevamente del duque de La Rochefoucauld? Se ve, por una carta de Madama de Maintenón á la misma, en Abril de 1679, que no podía sufrir á los Marsillac padre é hijo. Todas las cartas dirigidas á Madama de Saint Geran nos son muy sospechosas después de los últimos trabajos críticos sobre la edición de Boumelle.

agrideces que marchitaron tan antiguo afecto. En suma, Madama de Maintenón y Madama de La Fayette eran dos potencias demasiado considerables que no cediendo ni una ni otra, no podían por menos de chocar. Madama de Maintenón, al engrandecer, la última, debió por grados cambiar para con Madama de La Fayette, que continuó siendo la misma, con ese proceder uniforme que Madama de Maintenón habría querido ver alterarse un poco al igual que su fortuna (1). Madama de La Fayette moribunda, era de quien decía Madama Scarrón escribiendo á Madama de Chantelou cómo fué presentada á Madama de Montespán en 1666. « Madama de Thianges me presentó á su hermana... Le pinté mi miseria, sin exageraciones, hasta el punto de que Madama de La Fayette habría estado contenta de mis veraces palabras y de la brevedad de mi relato. » Con respecto á la sociedad cortés y elevada que unía lo serio con la gracia, si yo hubiese sido M. Roederer, habría encontrado el tiempo más satisfactorio en el círculo de Madama de Sévigné y de Madama de La Fayette, más bien que en el encumbramiento y en el matrimonio de Madama de Maintenón. Esta perjudicaba la buena sociedad, lo mismo que ciertos revolucionarios han perjudicado á la libertad llevándola muy lejos, hasta un exceso, que trae consigo la reacción. Era preciso detenerse ante la gazmoñería ó la austeridad so pena de entrar en la Regencia.

En Julio de 1677, un año antes de *La Princesa de Cleves*, la salud de Madama de La Fayette pareció llegar al último extremo, aunque estaba predestinada á sufrir sin tregua quince años más, pues pertenecía al número de esas *personas que arrastran su miserable vida hasta la última gota de aceite* (2). Sin embargo, en el

(1) La Baumelle, en las Memorias que preceden á su edición de las Cartas de Madama de Maintenón, supone en Madama de La Fayette yo no sé qué defectos de carácter y qué pretensiones de querer reemplazar á Madama de Sablé, que alejaron á sus amigos y dejaron la casa desierta. No se pueden negar con más impertinencia tantos testimonios.

(2) Madama de Sévigné.

invierno siguiente, M. de La Rochefoucauld y ella se ocuparon en familiarizar esa bonita novela que apareció en casa de Barbín el 16 de Marzo de 1678 (1). Segrais, á quien aun encontramos en nuestro camino, dice que no se tomó la molestia de contestar á la crítica que hicieron de la novela, y añade que Madama de La Fayette desdenó el contestar, de suerte que no habría duda si quisiéramos creerlo, acerca de la cooperación (2). Mas no discutiremos, pues esta novela es muy superior á todo lo que él escribió para que titubeemos. Además, nadie fué sorprendido, pues las lecturas confidenciales habían sido comentadas, y se recibió el libro como siendo su solo autor Madama de La Fayette ayudada del buen gusto de M. de La Rochefoucauld. Desde que esta novela, así anunciada de antemano apareció, fué objeto de todas las conversaciones y de todas las correspondencias. Buny y Madama de Sévigné se escribieron hablando de ella, y en la gran avenida de las Tullerías se comentaba. Fontenelle la leyó cuatro veces en público, y Boursault hizo una tragedia como hoy habrían hecho un vaudeville con su asunto. Valincour escribió sin firmarlo un folleto de crítica que atribuyeron al Padre Bouhours, y un abate de Charnes le contestó con otro que se le

(1) En una carta de Madama de Sévigné á su hija, en 16 de Marzo de 1672, leemos : « Estoy desolada porque hayáis tenido á *Befazei* de otras manos que las mías, y la causa es ese perro de Barbín que me odia porque yo no hago Princesas de Cleves ni de Montpensier. Podemos suponer que la novela *La Princesa de Cleves* estaba ya en proyecto en aquella fecha y que ya se había tratado de ella en la íntima sociedad de la autora, y casi que Madama de Sévigné y Madama de Grignan habían oído el principio. Me parece que en una carta de Madama de Scudery á Bussy, vemos que durante el invierno que precedió á su publicación Madama de La Fayette y M. de La Rochefoucauld, se encierran y preparan algo. Todo se concilia fácilmente. *La Princesa de Cleves*, esbozada, durmió desde 1672 á 1677, y entonces la autora, de acuerdo con M. de La Rochefoucauld se propuso acabarla.

(2) Es digno de observar que en *Segraisiana* incurre en un error acerca de la novela que pretende como suya. Habla del encuentro de M. de Nemours con Madama de Cleves, quien se encuentra con la que ha de ser su mujer.

achacó á Barbier d'Aucourt, crítico célebre entonces, y adversario consecuente del ingenioso jesuita. *La Princesa de Cleves* ha sobrevivido á este triunfo, y quedó para nosotros la primera, en fecha, de las más encantadoras novelas.

Es muy interesante pensar en qué situación tan singular nacieron estos seres tan encantadores, tan puros, estos personajes nobles y sin tacha, esos sentimientos tan juveniles y de tanta ternura; como Madama de La Fayette puso en ellos lo que su alma amante y poética tenía en reserva desde los primeros ensueños, y como M. de La Rochefoucauld se complació en encontrar en M. de Nemours esa brillante flor, caballería que tanto él había lucido, como mirándose en el espejo de su juventud (1). Así estos viejos amigos se remontaban con la imaginación á la edad tan bella en que no se conocían y en la que no habían podido amarse. Ese enrojecer peculiar de Madama de Cleves, y que es casi todo su lenguaje, señala bien el pensamiento de la autora, que es pintar el amor en todo lo que es de fresco y más púdico, de más adorable y de más turbado, de más indeciso y de más irresistible, de más amor mismo, en una palabra. En todo momento habla de este gozo que de la primera juventud junta con la belleza, de esa especie de turbación y de embarazo en todas las acciones que causa el amor en la inocencia y en la juventud, de todo lo que está más lejos de ella y de su amigo en su unión tardía. En el sentido de la vida, era sensata, y su juicio estaba por encima de su talento, según decían, y cuya alabanza la complacía más que las otras. En la novela dominan la poesía y el sentimiento, aunque la razón no falta jamás. En ninguna parte como en *La Princesa de Cleves*, las contradicciones y las duplicidades del amor han sido expresadas

(1) « M. de La Rochefoucauld — ha dicho el abate de Longuerue — ha sido toda su vida fiel á las novelas. Todas las tardes se reunía con Segrias en casa de Madama de La Fayette y leía *L'Astrée*. » A pesar de todo, le quedaba un gusto por lo caballeresco.

con tanta naturalidad. « A Madama de Cleves le molestaba que M. de Nemours creyese que era él quien le impedía ir á casa del mariscal de Saint-André, pero luego sintió pena cuando su madre deshizo esta creencia... » — « Madama de Cleves suponía de que el príncipe se había dado cuenta del sentimiento que la inspiraba, y sus palabras la convencieron de que no se había equivocado. Estaba desolada por no haber podido ocultar este sentimiento y por haberlo dejado aparecer ante los ojos del caballero de Guisa. También lo estaba porque M. de Nemours los conociere; pero en esta pena había una especie de dulce consuelo. » Las escenas son naturales, bien trazadas y de justo diálogo, y aunque en una ó dos ocasiones son inverosímiles, las salva el interés y cierta negligencia. Los episodios no se apartan nunca del progreso de la acción, y frecuentemente le ayudan. La circunstancia más inverosímil es la del pabellón, cuando M. de Nemours llega tan á tiempo para escuchar detrás de la empalizada la declaración hecha á M. de Cleves. Esta escena, que tanto pondera Bussy y Valincour, produce llanto aun en los mismos que han llorado una sola vez con *Iphigenie*. Para nosotros, que nos chocan estas inverosimilitudes, y que admiramos en *La Princesa de Cleves* hasta su color un poco pasado, lo que nos encanta es la moderación de las pinturas, es la manera tan discreta que reina en todas partes y que hace soñar; algunos sauces á lo largo de un arroyo, cuando el amante se pasea, y por toda descripción de la belleza de la amante, *sus cabellos confusamente anudados, los ojos un poco hinchados por las lágrimas* y como último trazo, *esta vida que fué bastante corta*, impresión final casi lacónica. El estilo es igualmente delicioso, con un lenguaje de una selección exquisita (1) con negligencias é irregularidades que

(1) Un crítico, que nos complacemos en citar, ha dicho: « Es muy curioso observar, como, bajo Luis XIV, la lengua francesa en toda su pureza y tal como la escribían Madama de La Fayette, Madama de Sévigné y M. de La Rochefoucauld, se componía de un pequeño número de palabras que se repetían con encanto en el transcurso de

tienen su gracia y que Valincour no los ha anotado detalladamente sino suponiéndolas observadas por un gramático amigo suyo, y con una especie de vergüenza de hacer un reproche directo á la admirable autora. Yo no veo más que dos locuciones que han envejecido : « El rey no sobrevivió apenas al príncipe su hijo », y Milord Courtenay era también amado por la reina María, quien se habría casado con él con consentimiento de toda Inglaterra, *sin que conociese* que la juventud y la belleza de su hermana *Isabel* le conmoviera más que la esperanza de reinar. »

El pequeño volumen de Valincour, que Adry ha reimpresso en su edición de *La Princesa de Cleves*, es una muestra patente de la crítica cortés, tal como los amantes del buen gusto la hacían bajo el reinado de Luis XIV. Valincour, que entonces no tenía más que veinticinco años no se complacía con la sociedad de Huet y de Segráis. Llegó más tarde y representaba los juicios de Racine y de Boileau. Su malicia siempre atemperada, no impide la equidad ni la alabanza, sin evitar la minucia y la sustileza del detalle. Los que atribuían la crítica al Padre Bouhours tenían derecho á encontrar chistoso que el censor reprochase el primer encuentro de M. de Cleves y de la señorita de Chartres, fuese en casa de un joyero y no en una iglesia. Sea como quiera, el conjunto atestigua un ingenio legítimo y sutil, irónico pero con honradez al que Fontanes había podido consultar con provecho antes de criticar á Madama de Staël. El abate de Charnes, que rechaza palabra por palabra esta crítica con injurias, me parece un provinciano que no había pedido á Madama de La Fayette el permiso para defenderla, y Barbier d'Aucourt, sin tener nada de ático, habría sabido hacer otra cosa mejor. Se puede ver en Valincour una teoría nueva y completa sobre la novela histórica, y esta teoría no es otra que la que Walter Scott en parte ha realizado.

un diálogo. Se puede decir particularmente del estilo de Madama de La Fayette que es la propia pureza, que es la líquida voz de Horacio.

Bussy, que en sus cartas á Madama de Sévigné habla muy extensamente de *La Princesa de Cleves*, añade con esa increíble fatuidad que lo estropeaba todo en él : Nuestra crítica es de gentes de calidad y de talento; la impresa es más exacta y bromista en muchas ocasiones. » Para vengar á Madama de La Fayette de las maldades de este personaje, baste citar esa frase suya (1).

Al avanzar en la composición de *La Princesa de Cleves*, los pensamientos de Madama de La Fayette se tornan más graves, y la idea del deber aumenta y la arrastra. La austeridad denota que *aquella vista tan perspicaz y tan próxima á la muerte ve las cosas de este mundo diferentes de como las veía con plena salud*. En el verano de 1677 ésto se había hecho sentir ya, y como indica Madama de Sévigné, era el presagio del acabamiento de su alma. El desengaño de todo se ve en ese temor que siente Madama de Cleves, en que el matrimonio no sea la tumba del amor del príncipe, y en no abrir las puertas á los celos. Este temor, tanto como el escrúpulo de deberse oponer á su matrimonio con el amante. Y al acabar la novela, se observa claramente que los dos amigos. — M. de La Rochefoucauld y ella, — dudaban de que hubiese otra felicidad para sus queridos personajes, y se acogían con mayor ahinco á su dulce unión como á su bien más consolador y más seguro.

No gozaron de él mucho más tiempo. En la noche del 16 al 17 de Marzo de 1680, dos años después de la publicación de *La Princesa de Cleves* murió M. de La Rochefoucauld. « Tengo la cabeza tan llena del dolor y de la extrema aflicción de nuestra pobre amiga — escribe Madama de Sévigné, — que no puedo sustraerme al impulso de hablarte de ella... M. de Marsillac está también muy afligido; pero sin embargo,

(1) Se puede ver en el tomo II, pág. 304, de *Obras diversas*, de Bayle, una crítica muy agradable de *La Princesa de Cleves*. Esta crítica de Bayle es el antipoda del ideal, y es desde todo punto de vista lo que se llama la Buena groserta natural.

hija mía, encontrará luego al rey y á la corte, toda su familia hallará un lugar; pero Madama de La Fayette, ¿dónde volverá á encontrar otro amigo igual, parecida dulzura, iguales agrado y consideración para ella y para su hijo? Está enferma, apenas si sale de su cuarto y á la calle nunca. M. de La Rochefoucauld era sedentario también; y este estado nacía que el uno fuese necesario al otro, y nada podría compararse á la confianza y al encanto de esta amistad. Comprenderás que no se puede considerar una pérdida más considerable, y que el tiempo puede consolar menos. En todos estos días no he abandonado á esta pobre amiga. Madama de Coulanges también la acompaña y las dos continuaremos consolándola durante cuanto podamos. » Y en cada una de las cartas siguientes : « La pobre Madama de La Fayette no sabe qué hacer con ella misma... Todos se consolorán menos ella. » Esto le repite Madama de Sévigné de cien maneras, las unas más expresivas que las otras : « Esta pobre mujer no puede arreglar su conducta de manera que llene este vacío. » Madama de La Fayette no intentó llenarlo, pues sabía que nada repara tales ruinas. Ni aun la tierna amistad de Madama de Sévigné la bastaba. Para convencerse de la influencia de tales amistades leamos la carta de Madama de La Fayette á Madama de Sévigné del 8 de Octubre de 1689, tan perfecta, tan imperiosa y tan llana, y leamos después el comentario que Madama de Sévigné hace en una carta á su hija : « ¡ Dios mío qué bella excusa para no estar más en mi casa, la de depender, la de no tener equipaje aquí, y la de deber mil escudos! » y se comprenderá cómo no se puede pedir todo á estas amistades que no son únicas y sin subdivisiones, puesto que las más delicadas juzgan así. Después del amor y de la amistad absoluta, sin pensamientos secretos, toda entera y toda ella ocupada, no hay más que la muerte ó Dios.

Madama de La Fayette vivió trece años más, y en Madama de Sévigné podemos ver los pequeños detalles de su vida exterior durante estos años desiertos. Una

viva unión con la joven Madama de Schomber despertó cierta envidia entre las antiguas amigas, y esto es lo único que observamos en esta alma que pareciese reanimarla. Acaso por efecto de esta misma necesidad inquieta, después de los primeros meses de la pérdida, hizo agrandar por un lado el jardín su casa ya muy grande, á medida, ¡ ay ! que su vida disminuía. Según parece, para ocupar las horas Madama de La Fayette, hizo algunos trabajos de los cuales algunos se han perdido. *La Condesa de Tende* debe datar de estos años. En lo que el público y Bussy hicieron más lineapié, acerca de *La Princesa de Cleves*, había sido la confesión extraordinaria que la heroína hace á su marido. Madama de La Fayette, al imaginar una situación análoga, que trajo consigo declaración tan extraordinaria, pensó que la primera quedaría justificada. En *La Condesa de Tende* consiguió que *La Princesa de Cleves* tuviese una hermana digna de ella. En las *Memorias de la Corte de Francia*, los años de 1688-1689, son los más notables por su continuidad, la precisión y lo destrabado del relato. En ellos no hay ninguna divagación ni ninguna reflexión inadecuada, y están narrados concienzudamente y con gran exactitud. El autor de tal trabajo era sin duda un talento capaz de asuntos positivos. He citado la frase batante mordaz sobre Madama de Maintenón á propósito de *Esther*. Racine, de rechazo, fué juzgado con ligereza en su *comedia del convento* : « Madama de Maintenón, para divertir á sus nietas y al rey, hizo hacer una comedia á Racine, el mejor poeta del tiempo, á quien sacaron de su poesía en la que es inimitable, para hacer, por desgracia suya y de los que aman el teatro, un historiador muy imitable. » Madama de La Fayette perteneció á un tiempo en que Corneille era preferido á Racine, había practicado en *Zaira* el género español, tan admirado por el autor del *Cid*, y que Racine y Boileau habían matado. Tenía amistad con Fontenelle, y contaba por amigos particulares hombres como Segrais y Huet, que casi odiaban á los dos poetas reinantes. M. de La Rochefoucauld

los tenía en mucha estima como escritores, pero los consideraba pobres de encantos fuera de sus versos. Valincour que había atacado á *La Princesa de Cleves*, era el discípulo y el amigo íntimo de los dos. Mas Madama de La Fayette tenía mucho talento para no admirar á los dos autores, cuya ternura encontraba en ella cuerdas tan bien preparadas. En el momento en que reverencia menos á Racine, le llama *el mejor poeta, é inimitable*. Ya hemos visto que en casa de Gourville, es decir en su casa, escuchaba la *Poética* de Boileau (1). Tenía con Boileau más de un punto de semejanza en la rectitud de su talento, y en su crítica concisa, y era á su manera, una especie de oráculo entre aquella gente distinguida. Las frases á la manera de Despreaux que se conservan de ella son muy numerosas, á la que hay que añadir aún ésta: « El que se coloca por encima de sus semejantes por mucho talento que tenga, queda por debajo de su talento. » Boileau hablando un día con Olivet, decía: « ¿ Sabéis por qué los antiguos tenían tan pocos admiradores? Pues porque las tres cuartas partes de los que los han traducido eran ignorantes ó tontos. Madama de La Fayette, la mujer de Francia que tenía más talento y que escribió mejor, comparaba á un traductor tonto con un lacayo á quien su ama enviase á hacer cumplidos. Lo que la señora le dijera en tono cortés él lo repetiría groseramente y estropeado, y cuanto más delicadeza hubiese en el cumplido, menos sabría el lacayo explicarse. He aquí, en una palabra, la verdadera representación de un mal traductor. » El mismo Boileau, pues, parece ratificar, esa semejanza de ella á él, que nosotros indicamos. M. Roederer tiene mil veces razón cuando habla de las relaciones de Moliere con la sociedad de Madama de Sévigné y Madama de La Fayette, y cuando dice que la comedia *Las Mujeres sabias* no se refería á

(1) Aún más; *Madame*, como sabemos, había sido en la Corte la mayor protectora de los nuevos poetas y Racine le había dedicado *Andromaque*. Madama de La Fayette era la consejera de *Madame*, y su influencia literaria debía ser muy directa y poderosa.

ellas. Respecto á La Fontaine, está demostrado que en una época tuvo gran familiaridad con Madama de La Fayette. Se conocen versos muy afectuosos que escribió para enviarle una diminuta mesa de billar. Esto debió ocurrir por el tiempo en que dedicó una fábula al autor de las *Máximas* y otra á Madama de Sévigné (1).

Después de la muerte de M. de La Rochefoucauld, Madama de La Fayette volvió la vista hacia la religión, y de esto tenemos un precioso testimonio en una hermosa y extensa carta á Du Guet. Le había escogido como director. Sin estar unida directamente con Port Royal, se inclinaba de su lado empujada más bien por la hipocresía de la corte. Su madre, como hemos visto, le había dado como padrastró al caballero Renaud de Sévigné, y uno de los bienhechores de Port-Royal-des-Champs, cuyo claustro había hecho reconstruir. Murió en 1672 (1). Madama de La Fayette conoció á

(1) Madama de La Fayette era del mismo grupo, y casi del mismo *Parnaso* que La Fontaine, Racine y Despreaux, y el pequeño relato no es más que la imagen un poco borrosa de la realidad. « En 1675, dice Ménage, regaló el día de Año Nuevo al duque de Maine una habitación toda dorada del tamaño de una mesa. Encima de la puerta, con letras muy grandes, se leía *Cámara sublime*. Dentro había un lecho y una butaca en la que estaba sentado el duque, hecho de cera y con gran parecido. Cerca de él M. de La Rochefoucauld, á quien daba unos versos para que los examinase. Alrededor M. de Marsillac y Bossuet, entonces obispo de Condom. En el otro lado de la alcoba, Madama de Thianges y Madama de La Fayette leían versos juntas. Despreaux con una horca de campesino impedía que entrasen siete ú ocho malos poetas. Racine estaba cerca de Despreaux, y un poco más lejos La Fontaine, á quien hacía señas de que entrase. Todas estas figuras eran de cera en pequeño, y cada uno de los representados había dado la suya. » Ménage no nos dice si él figuraba entre los cinco ó seis malos poetas echados por Despreaux.

(1) Hacia el final, las relaciones de Madama de La Fayette con Port-Royal, fueron más directas que lo que yo creía. Leo en una carta de Racine á M. Bonrepaux de 28 de Julio de 1693, esto que no ha sido impreso y que yo transcribo del original (Collection de M. Fueillet de Conches). Se trata de una cena en casa de la condesa de Grammont, en donde se encontraban Madama de Caylus, Cavoye, Valincour, Despreaux y el propio Racine. « Vuestra amiga Madama de La Fayette, — escribe este último, — nos hizo una impresión

Du Guet, quien comenzaba á tener una gran significación como director espiritual de las conciencias, y quien en la decadencia de Port-Royal, no tenia más que las tradiciones justas é íntimas, sin nada de concencioso ni de estrecho. He aquí algunas de las frases severas que dirigia este sacerdote á la penitente que se las había pedido :

« He creído, señora, que debiais emplear útilmente los primeros momentos del día, durante el cual apenas si se despierta más que para soñar. Ya sé que son pensamientos sin continuidad, y que á veces os esforzáis para no tenerlos; pero es muy difícil no depender de nuestros instintos cuando se quiere que ellos sean los deudos y señores. Importa pues mucho, que os alimentéis con otro pan que no sea el de esos pensamientos sin objeto definido, y de los cuales, los más inocentes son aquellos que simplemente son inútiles. Yo creo que podriais emplear mejor un tiempo tan tranquilo, que en rendiros cuentas á vos misma de una vida tan larga, de la que sólo os queda una reputación cuya vanidad mejor que nadie comprendéis.

» Hasta aquí las nubes con que habéis querido ocultar á la religión os han envuelto á vos misma. Como con relación á ella debemos examinarnos y conocernos, al efectuar ignorarla os ignoráis á vos misma. Ya es tiempo de poner cada cosa en su lugar, y de colocaros vos en el vuestro. La Verdad os juzgará, y vos no estáis en el mundo para juzgarla, sino para seguirla. En vano disimulamos; el velo se rasga á medida que la vida y sus concupiscencias se desvanecen, y no nos convencemos de que es preciso seguir otra conducta, sino cuando no debemos vivir más.

muy triste. No había tenido desgraciadamente el honor de verla en estos últimos años de su vida. Dios había echado una amargura saludable sobre sus ocupaciones mundanas, y ha muerto después de haber sufrido en la soledad, con una piedad admirable, los rigores de su dolencia muy ayudada por el abate Du Guet y por alguno de los señores de Port-Royal, á quien ella veneraba mucho, lo que ha hecho que la condesa de Grammont, á quien estima considerablemente Port-Royal, cante sus alabanzas... »

Es preciso pues, comenzar por el deseo sincero de querer conocerse á sí misma como nos conoce el Juez. Esta vida es insoportable aun para las personas menos partidarias del disfraz. Ella nos arrebató todas nuestras virtudes y todas nuestras buenas cualidades, y la estima que ellas nos conquistaron. Sentimos que hemos vivido hasta aquí en la ilusión y en la mentira; que nos hemos alimentado con falsos panoramas; que no aprendimos de la virtud sino á aparentarla, y que hemos descuidado el fondo porque ese fondo es relacionarlo todo con Dios y la salvación despreciándose á sí mismo en todo sentido, no por una vanidad más circunspecta y por un orgullo más brillante y de mejor gusto, sino por la sensación de la injusticia y de la miseria. »

El resto de la carta es igualmente admirable y en este tono apropiado y solemne. ¡ Así, que, vosotros los que soñáis, dejad de soñar! Los que os estimabais por amantes de la verdad y que la gente os adula por ello, no lo érais más que á medias, y vuestra discusión sin Dios era puro *buen gusto*. Leo más lejos una frase sobre esos años de los que nos arrepentimos sinceramente, porque somos lo bastante injustos para excusar sus debilidades y para amar lo que *fué su causa*.

Un año antes de morir Madama de La Fayette escribía á Madama de Sévigné una carta que expresa su enfermedad sin reposo ni de día ni de noche, su resignación en Dios, y que acaba con estas frases. « Creedme, querida mía, vos sois la persona que he amado más en el mundo. » El otro afecto que ella no nombrada, ¿ había sido pues al fin enterrado consumido por el sacrificio?

Todo concuerda hasta el final. Madama Sévigné escribió á Madama de Guitaud, el 3 de Junio de 1693, dos ó tres días antes de la fecha funesta, y deplora la muerte de esta amiga de cuarenta años : « Su enfermedad, desde hace dos años, había llegado al último extremo; y yo la defendía cuando la tachaban de loca por no querer salir ni siquiera un momento. ¡ Qué locura ! ¿ No era la mujer más dichosa del mundo?

Pero yo decía á las personas tan ligeras en sus juicios : Madama de La Fayette no está loca. ¡ Ay! La pobre mujer está ahora muy justificada. Tenía dos pólipos en el corazón, y la punta del corazón marchitada. ¿ No era esto bastante para tener esas desolaciones de que se quejaba? Tuvo razón durante su vida, y ha tenido razón después de su muerte, y nunca le ha faltado ese claro talento que es su cualidad principal. Perdió el concimiento durante los cuatro últimos días que estuvo enferma. Para consuelo nuestro, Dios le hizo una gracia particular y que nos señala cuál es su destino; se confesó el día de Corpus con un recogimiento y una devoción que no podían provenir sino de El y recibió á Nuestro Señor, de la misma manera. Así, mi querida señora, consideramos esta comunión que ella acostumbrada á hacer en Pascuas, como una misericordia de Dios que nos ha querido consolar de que no haya podido recibir el Viático. » Así vivió y murió en una mezcla de dulzura triste y de vivos sufrimientos, de circunspección ante el mundo y de arrepentimiento ante Dios, esta mujer cuyas ideales producciones nos enamoran. ¿ Quién puede añadir más como materia de reflexión y de enseñanza? La carta á Madama de Sablé, *La Princesa de Cleves*, y la carta de Du Guet, ¿ no son toda una vida?

1.º de Septiembre de 1836.

M. DE LA ROCHEFOUCAULD (1)

Es preciso saber evocar el espíritu y el fruto de su época. Hay un momento en la vida en el que La Rochefoucauld gusta más, y en el que parece más allegado á la verdad que lo que en realidad es. Los desengaños del entusiasmo nos llevan al cansancio. Madama de Sévigné decía que sería muy bonito ver una habitación tapizada con reversos de cartas. En su imprudencia no ve más que lo punzante y lo divertido. El hecho es que en un cierto día, todas esas bellas damas de corazón, esos nobles y caballerescos valetes de carreau (2), con los que jugábamos tan franco juego, cambian de dirección. Se habian dormido creyendo en Héctor, en Berta ó en Lancelot, y se despiertan en esa habitación de que nos habla Madama de Sévigné, no descubriendo en ella por todas partes, sino el anverso. Buscan en su escritorio el libro de la víspera que era Elvira ó Lamartine, y encuentran en su lugar á La Rochefoucauld. Abrámosle, pues, consuela á fuerza de tener más pena que nosotros; divierte. Estos pensamientos, que en la juventud nos sublevaban como demasiado falsos ó nos disgustaban, como demasiado verdaderos, y en los que no se veía más que la moral de los libros, se nos aparecen por primera vez en toda la frescura de la

(1) Nos ha parecido que no se podía separar M. de La Rochefoucauld de las mujeres que tan gran lugar ocuparon en su vida. A incluirlo por excepción en este volumen dedicado á nuestras glorias femeninas, no queremos dar ocasión á que piensen que su éxito fué éxito de mujeres, como de cuando en cuando llega hasta nosotros el rumor. Creemos simplemente hacerle un favor de que es digno, seguros de que no se quejará.

(2) En las cartas francesas el *valet de carreau* equivale á la sota de copas de los naipes españoles. (N. del T.)